

SAÚL IBARGOYEN es uno de los integrantes de la "generación de la crisis", así denominada por Ángel Rama, que se desarrolló en Uruguay entre los finales de los 50 y buena parte de los 70. Ha publicado más de 50 títulos entre poesía, novela, cuento y antologías de la lírica latinoamericana (éstas últimas, con el poeta argentino Jorge Boccanera).

Radica en México desde hace años; es miembro del jurado permanente en el programa Tierra Adentro, que depende del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, y asesor del Grupo Editorial Eón, que publica la *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*, en acuerdo con la Universidad de Texas, en El Paso, USA.

La Editorial Praxis ha dado a conocer sus poemarios *La última bandera*, *Fantoche*, *Versos de poco amor* y *Amor de todos*. Su obra ha sido parcialmente traducida al inglés, alemán, francés, italiano, polaco, ruso, bielorruso, búlgaro y portugués.



Saúl Ibargoyen pertenece a la estirpe de los poetas verdaderos, una especie mucho menos abundante de lo que el número de libros de poesía en circulación y la crítica de ciertos críticos permitiría suponer. Es un poeta original y, en consecuencia, suele padecer el embate de silencio que le dedican quienes están afiliados a lo novedoso y no atienden a lo sustancial.

Juan Gelman

Pienso que estos poemas resumen —y rezuman— una vivencia que sólo es capaz de plasmarse después de haber vivido ciertamente *la vida*. Porque tras cada afirmación enfática —rotunda o leve— hay un mundo de experiencias que Ibargoyen transmite. Pero no las transmite ingenuamente, sino desde la perspectiva poseedora del escritor avezado.

Alejandro Expósito

jitanjáfora



POETA + POETA



SAÚL IBARGOYEN

Colección Archipiélago

Saúl Ibargoyen
POETA + POETA

jitanjáfora

Saúl Ibargoyen
POETA + POETA

Colección Archipiélago



POETA + POETA

SAÚL IBARGOYEN

Maquetación y coordinación general:
Blanca Mateos

Digitalización de textos:
Berenice Garmendia

PALABRAVIRTUAL.COM



1ª edición digital
2014

Ilustraciones de portada e interiores: MARÍA ELENA REVERTE
Diseño de portada: CARLOS LÓPEZ
Foto del autor: EDITORIAL PRAXIS

El poeta y la niña, 1ra. edición, Cuadernos Universitarios, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1993.

Poeta doméstico, 1ra. edición, La Hoja Murmurante, Editorial La Tinta del Alcatraz, Toluca, 1993.

D.R. © EDITORIAL PRAXIS
Primera edición, 1998

ISBN 968-7646-91-8

Editorial Praxis, Vértiz 185-000, Col. Doctores, Deleg. Cuauhtémoc,
C.P. 06720. México, D.F. Tels. 578-86-89 y 761-94-13. Telefax 578-86-89

Al lector

En este volumen aparecen reunidos dos poemarios: *El poeta y la niña*, prologado por Juan Gelman, y *Poeta doméstico*, publicados en 1993: el primero, por gestiones de Jesús Gardea, y el segundo, por afanes de Héctor Sumano.

El tono general de ambos libros admite esta junción editorial, y sobre todo porque el autor reconoce que las ediciones de su obra, fragmentadas o dispersas por las siete direcciones del mundo, hacen difícil tanto su obtención como una posible lectura global de algún presunto y paciente lector.

Y, asimismo, porque ya demasiadas fugacidades componen, recomponen y descomponen las andanzas metafóricas de estos dos poetas aquí presentados. Digo dos, porque uno suelta sus oscuridades, sus pulsiones, sus ánimos, sus silencios, sus furias, sus ausencias, sus deseos, sus asunciones, sus caídas, sus derrotadas victorias; mientras el otro recurre al fatalismo creativo de las palabras, en un intento siempre utópico de que la poesía se cumpla, crezca y permanezca.

Dos poetas, pues, y además, leídos por este tercer poeta, que aquí firma como

El autor

*Lo mejor es amar ante todo aquello
que nos corresponde amar, supongo;
hay que empezar por algo, y echar
raíces, y el suelo de la comarca es
profundo.*

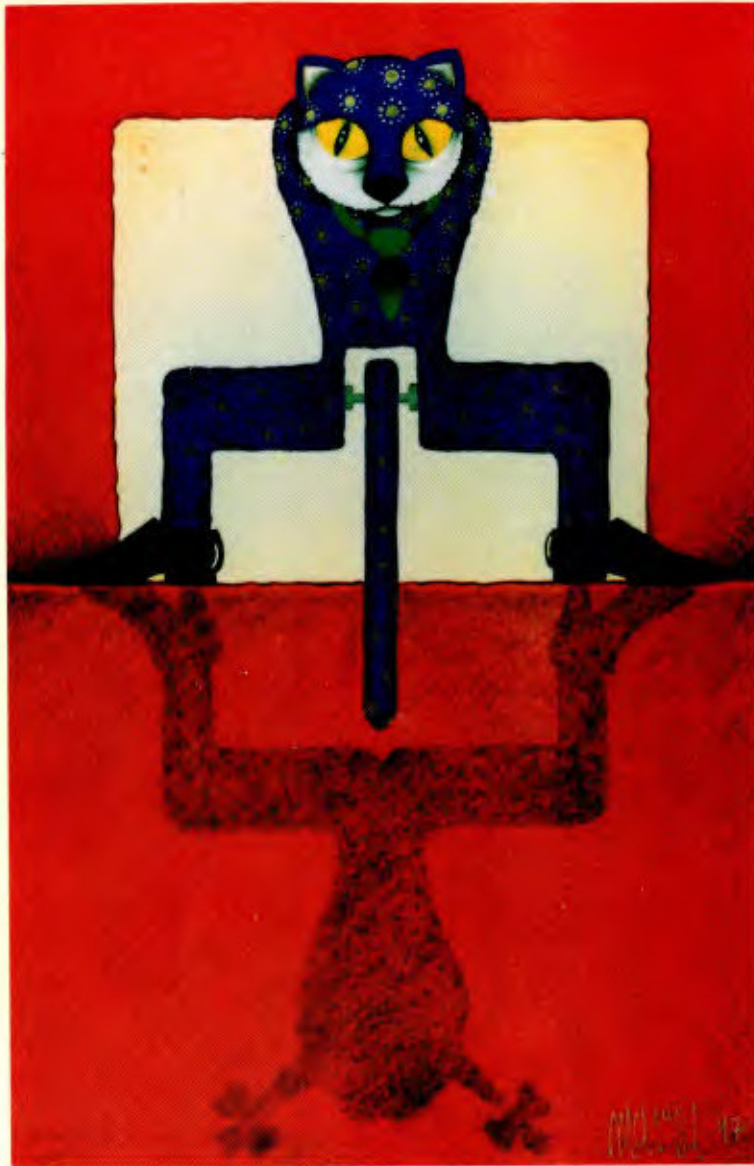
J.R.R. TOLKIEN
El señor de los anillos, III

*El hombre extranjero construye la
barca antes que la playa se mueva
hacia él: madera y arena son las
sustancias de su patria.*

AL-SAKMMAD IBN NAIF

Gato con niña o niña con gato

(con el agradecimiento a María Elena Reverte,
cuya creatividad me dio ocasión de hallar un
inesperado sentido en estos dos libros)



*La piel morada de este gato y sus astros amarillos
—girasoles de aquellos mundos soles de por aquí—
es una galaxia de pequeños pelos que nadie podrá ver
ni lamer ni entrever ni entreverar.
¿De qué azóteas mugrosas de qué pluma encantada
de qué panza mordida de qué ardiente pincel
de qué calles descascaradas de qué asombrado lápiz
llegó este gato con sus uñas de abajo calzadas de negro
con sus dos brazos metidos en lo firme del cuerpo
con su corbata verde volviendo de alguna fiesta solitaria
con su rostro contenido entre ojeras blancas
con su boca escondida como el grito de una piedra
con su nariz de carbón delicado
con sus orejas midiendo los silencios olorosos del papel
con sus ojos de puro amarillo
partidos por cuatro pupilas donde respira la noche?
¿Y por qué las piernas tan libres
en ese ángulo así revelado
y por qué la cola amorosa sostenida por raras piezas grises
dirigiéndose al primer corazón de la sombra
que en sí misma opacándose enrojece?
La piel como una niña entrando sumergiéndose
por el más adentro de las huellas
y las líneas y los trazos que se cumplen*

en apretadas sucesiones de moléculas oscuras.

*¿De dónde ha venido el segundo corazón
que el pecho borroso ya no ofrece?*

*¿Quién hizo con filamentos sombríos
las breves trenzas de la infanta?*

*¿Quién dio forma a los moños
con sus tres cegados pétalos?*

*¿Quién construyó las apagadas piernas
separándose así desde sus zapatos
de débil simetría?*

*¿De dónde llegó pues este gato imprevisible
que ahora se apoya en el cálido claror
de un cuadrado cielo?*

*¿De dónde vino aquella niña
de qué muchacha venida a su vez
de una mujer que fue doncella
antes que las sucias sangres del mundo
la abrazaran?*

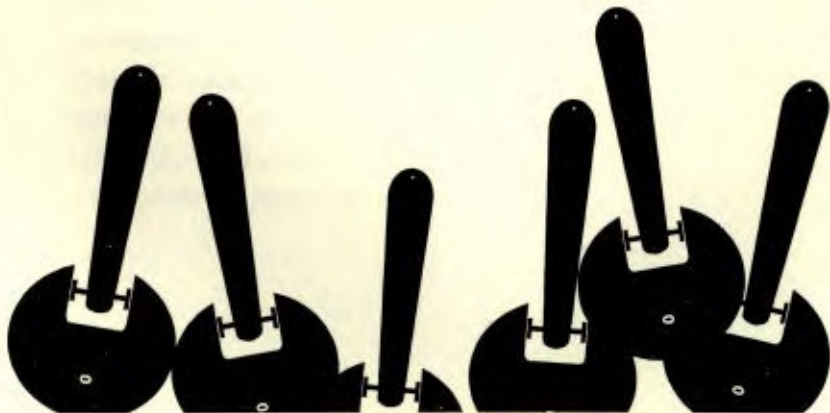
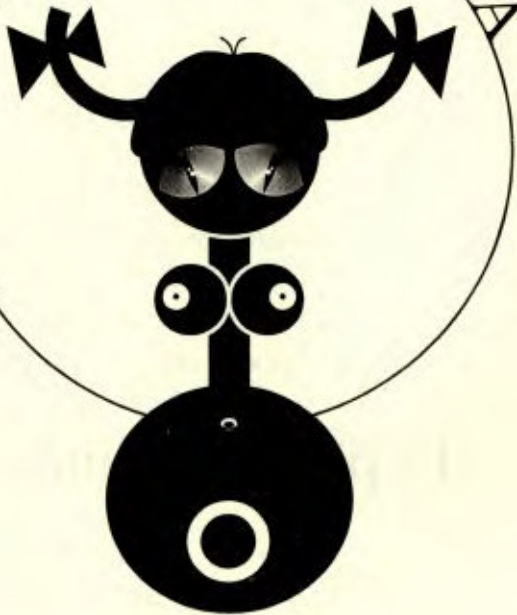
*Simplemente otros son
y están aquí*

*sin preguntarse nada:
desunidos por sucesos y contactos
desmirándose "más allá de los días"
regresándose otros:*

*más gato quizá tal vez más niña
para ser más ajenos y otros
con inventada color
y descubierta palabra.*

El poeta y la niña

EL POETA Y LA NIÑA



Presentación

Saúl Ibargoyen pertenece a la estirpe de los poetas verdaderos, una especie mucho menos abundante de lo que el número de libros de poesía en circulación y la crítica de ciertos críticos permitiría suponer. Es un poeta original y, en consecuencia, suele padecer el embate de silencio que le dedican quienes están afiliados a lo novedoso y no atienden a lo sustancial. Es también un escritor empecinado: ha publicado más de 40 títulos de poesía, cuento, novela y antologías de otros autores, ha traducido al español a escritores portugueses, brasileños, algún francés.

Este uruguayo de Montevideo, nacido en 1930, ha sabido autopresentarse así: “La poesía lo alcanzó poco antes de la pubertad y comenzó a condicionarlo a partir de los 17 años”. Lo cual no le impidió desarrollar actividades de todo tipo, como —dice él— “jugar fútbol y basquetbol, asistir a bailes en locales dudosos, beber alcoholes de alta graduación y baja calidad, soñar con viajes que empezarían en Buenos Aires y luego, al cabo de aviones, exilios, emigraciones, etc., lo llevarían por 25 países”. México le resultó ser el principal. Aquí vivió como asilado político de 1976 a 1984, y a México, D.F., regresó luego de una breve estancia en su país. Ha transitado actividades sindicales (dos veces presidente de la Asociación de Escritores del Uruguay), culturales (incluso por radio y TV), políticas y periodísticas.

Su profundo amor por México es el telón de fondo de *El poeta y la niña*, este libro de poemas de amor llenos de carne y sangre que aparece en una época de literaturas frías, pensamiento débil y filosofías blandas; esos

poemas muestran que no todos han abdicado de la pasión. *Ahora respiro/ de tu boca profunda/ de tu piel abierta/ que viene de otra piel/ de tu pelo escondido/ como la voz de una sombra.* Así comienza un conjunto de poemas cargados de interrogantes y asediados por el paso del tiempo.

Decía Antonio Machado que el poeta no cantaría sin la angustia del tiempo, sin esa fatalidad de que las cosas no sean para nosotros todas a la par “sino dispuestas en serie y encartuchadas como balas de rifle, pero disparadas una tras otra”; y subrayaba hasta qué punto la poesía es en el tiempo y hasta qué punto es necesario “reforzar la temporalidad del verso”. Temporalidad, ni circunstancia ni ocasión. Dice Ibarгойen: *Pero nadie se baña/ dos veces en la propia/ salsa original/ nadie absorbe de idéntico oxígeno/ con igual pulmón/ nadie devora su cena cotidiana/ con el diente que comió/ debajo del primer sol/ ...porque ningunos labios humanos/ pueden besar más de una vez/ la tenue boca la quebrada boca/ ...que en la boca de esos labios/ con otras agrias humedades se repite.*

El tiempo del amor convoca inexorablemente lo perezoso de la vida, la idea de la muerte, entonces, y también —como contrapartida— la idea del pasado que nos escribe el presente, de ese otro tiempo en este tiempo. *¿Qué recuerdos del placer/ son también el placer de hoy/ ...qué quejosas respiraciones vuelven/ a hablar con tu voz/ en tu voz?*, pregunta Ibarгойen. A quien no abandona esta conciencia: *el peso/ de las sombras vacías/ y el espacio/ de las ateridas palabras lastiman/ cada hueso que simplemente envejece/ entre olores de amor/ y de sopa evaporada.* Así destaca la invisibilidad de lo visible. Y dice: *El tiempo —es decir/*

el íntimo espacio de alguna sombra/ que te expulsa y te contiene/. En esos versos acuña Ibarгойen la paradoja central del existir.

Esas comprobaciones lo llevan a encontrar con más envidia *los trabajos/ de la sabrosa saliva o la pierna que discurre/ con lentitud de agua acariciada.* Ibarгойen encuentra mucho más porque, en definitiva, *se trata casi siempre/ de soñar.*

Juan Gelman

Eme 25

Ahora respiro
de tu boca profunda
de tu piel abierta
que viene de otra piel
de tu pelo escondido
como la voz de una sombra.
Sabemos que afuera
existe la lluvia
que las palomas muerden
su furia de plumas
que una mosca llora
por sus millones de hijos
que van a morir.
No hay calles ni plazas
ni palacios
en esta cama destruida
por el claro sudor de tus pies
que han olvidado cada nombre
de cada ciudad —México, París, Parral—
que sí les pertenece.

En el después de este ahora
respiro los jugos
atrapados en tu lengua
para entonces tejer
poro a poro hueco a hueco
la sustancia de tu cuerpo
que así vestido

con su otra piel
comienza a desnudarse.

Sueño en borrador

Quienes sueñan con sus muertos
en una oscura vigilia parecen
contemplarse como en la imagen certera
de la propia muerte.

¿Qué muchacha habrá
de permanecer
—en sus ropas transformadas
en sus ajados oxígenos
en sus canciones disueltas
en sus desayunos despoblados—
después que se cumplan los trabajos
de la sabrosa saliva
de las toallas desflecadas
de las noches sin reloj
de los aromas reseco
de las camas quebradas por la luz
de los ácidos humos
de los platos manchados
de las pantallas opacas
de las cucharas frías
de los calzones dispersos
y de las jergas trapeadas y solas?

¿Qué mujer de pelos adensados permanecerá
y en qué ciudades
totalmente ensuciadas
en qué casas y aviones
que las cucarachas deterioran

en qué máquinas de fulgor
y difíciles signos
en qué cuerpos de secreciones inevitables?
Quienes sueñan así
bajo un método cualquiera
bajo una ciencia dudosa
bajo un sistema de agrias confusiones
así sueñan con sus muertos
que también respiran y suspiran
como peces en un agua inexplicable.
Así es que sueñan a sus muertos:
atados a ellos por arterias
que negrísimas lágrimas transitan.
Porque el peso de las sombras vacías
y el espacio
de las ateridas palabras lastiman
cada hueso que simplemente envejece
entre olores de amor
y de sopa evaporada.

Paisaje con muchacha a caballo

Las piedras del Norte se encogen
bajo el peso compacto del antiguo frío.
Las arenas expanden
un íntimo polvo encendido
por soles incansables.
Los astros las lunas
los desechos estelares
las ondas jadeantes de luz
y de silencio
son gestos de impulsos oxidándose
en medio de un estallido
de órbitas congeladas.
La muchacha se ajusta
a los lomos de un caballo
que habrá de entrar
con oscurecido sudor
en la memoria inmóvil de las fotografías.
Las altas patas del animal disgregan
los terregales resecos
las hierbas trizadas por automóviles
y hormigas.

Los cascos enrojecen
sobre el invisible calor
de los cerros abandonados:
así el fuego se desprende
de los rumbos metidos
en el mapa del Norte sediento.

La muchacha recibe
una invasión de fiebre
sin sucias noticias de dolor
ni de violencia:
las piernas elaboran el aroma
que habrá de alzarse
hacia aquel cuerpo cercano
a su carne ya señalada
por el encuentro inicial
de todos los caminos.
La espalda del caballo
está sin nadie: solamente
el crepitante sudor
que se abre y se cierra
en las camas ocultas
bajo el inflamado temblor
del mediodía.

¿Qué?

¿Qué tiempo fueron los años
de las bocas que masticaron
el caudal de salivas
enredadas en tus dientes?
¿Qué edad habitaba tus días
cuando ciertas lenguas transitaron
el amargor del cielo o de la bóveda
salobre formada con los humos diferentes
de la ciudad de México
o de Roma o de París?
¿Qué transitados labios
se arrastraron al pie
de tus ácidas encías
qué líquidos suspirantes
qué uvas vivas cayeron
en el abierto ardor de tu garganta?
¿Qué punto del almanaque señaló
las cosas salidas de ti:
células manchadas
entre ligeros lienzos de sangre
coágulos mudos entre gasas
o algodones deshechos?

¿Qué recuerdos del placer
son también el placer de hoy?
¿Qué imagen de cada espasmo
en tus flancos permanece
qué quejosas respiraciones vuelven

a hablar con tu voz
en tu voz?
¿Qué manos ahora se detienen
en los desorganizados alcances de tu pelo
qué dedos se desintegran
como frutas enterradas en las orillas
de tu ombligo quizá verdadero?
¿En qué almohada se apoya
el comienzo de tu espalda ciega
en qué astros de papel fosforescente
se inician las descolocadas palabras
con sus signos de olvido
y su cifra incomprensible
de a veces silencio?
¿Y qué todo y qué nada hay
de nosotros en esta simple
lágrima que sí conocerás
cuando las furiosas nostalgias
de no haber vivido aquella tu piel
sean un mar fatigado
llegando cerca de tu boca?

Sus manos

¿Quién sabe la edad
de sus manos que descansan
en el gris multiplicado
de esta solitaria fotografía?
Cinco dedos afinadamente organizados
muestran la totalidad
de las uñas desvaneciéndose
contra el blancor
de una pierna que discurre
con lentitud de agua acariciada.
Otros dedos son tallos
que se encogen en los huecos
del sombrío papel:
parecen reposar sobre tendones
translúcidos y venas diseñadas
por la música que viaja
atada a una impalpable sangre.
Otra pierna o la misma es percibida
como raíz de pura luz
que sostiene el espacio
profundo que cae de su manos.

Y un aire de soplos
de alientos de sudores borrados
de desfibradas respiraciones
sube de sus manos
en una espiral
en un vértigo

de olores interminables
de batallas que alguien perdió
de teléfonos y de barcos olvidados
de cartas jamás escritas
de cigarros muertos y de semen solo
que entran como un canto
en estas palabras cuyo final
termina y comienza
con sus manos.

El diablo y la niña

Las calzas son rojas y suben
desde dos zapatos enraizados
en el fuego terrestre.
Un manto de eléctrica sangre
vuela tenuemente apoyado
en las espaldas humanas
que una cálida cintura
desplegándose sostiene.
La camisa se pega
a brazos y pechos
de púrpura violento.
Y las orejas estiran sus triángulos
de cuero endurecido
y los cuernos enrojecen
como dientes hambrientos
que las proteínas incendian.
¿No hay ángeles salvadores
ni profetas desnudos
en este escenario de celestes
papeles pintados
de telones vacilantes
como el cielo de otros países
en el mes de abril?

¿No hay una ordenada certeza
de nubes
una explosión de mariposas
siempre amarillas

un árbol en cruz con hojas de vinagre
un ademán de aguas esparcidas
que dejen señales en esta tierra
hecha con tablas
de madera desechada?
¿No hay un aire de vientos verdaderos
una enredada tormenta
con los olores del desierto
un golpe de burbujas
destruidas por el frío?
¿No hay gente que camine
(con sus sandalias cotidianas
con sus vivos mocos
y sus jugos cansados)
por estos versos que nadie
puede bien oír entre toses
y narices y risas y manos
ocupadas en pequeños escándalos?

La niña alivia su memoria:
al fin se alejan las palabras
que nunca fueron ni mensaje
ni ardor en su lengua.
Se aparta más y más
y contempla letras sonidos
humedades frases figuras
que en el centro de la escena giran
como en un vértigo
un carrusel
un papalote de hierro
unas alas de polilla

chupada por el Sol.
Y allí no están las formas
de su traje (la cola
con agudez de víbora
los colmillos en la boca de raso
los cuernos con puntas apretadas
las dimensiones del manto estremecido
las bragas salpicadas por el miedo
la camisa de ardidos terciopelos
los guantes agarrándose
a una lanza de palo).
Allí quedan solamente
pieles sutiles restos delicados
que la niña
puede contemplar:

—desde su ahora
otra sonrisa
que empieza
a conocer
las raíces del mundo.

—desde otra sonrisa
que empieza
a romperle
lentas raíces
en la cara.

Más voces

Para M., especialmente

Sólo está solo
quien se aparta
de otras soledades
pero su total soledad
es imperfecta
porque ninguna compañía
puede por completo abandonarlo.
Así el humo de un cigarro
solitario siempre queda endureciéndose
en los tenues tubos
y en las ramas delicadas
de quien lo expulsa
hacia el cerrado clima
de los otros.
No existe pues
una ausencia alejada
de todas las sombras:
quien huye de la propia voz
no entra por eso
en el silencio:
porque en la nada
de ruidos y pausas
y sonidos y alientos
otras voces solas
se tocan
y persisten.

Palabras con sed

Estas palabras se escriben
nuevamente a pesar del peso
de la espesa tinta
que las cubre y retuerce:
a pesar de los entretejidos dedos
que a uña y falange descifran
su posible estructura:
a pesar del papel
donde se asientan
como un idioma no esperado
que viene de otras lenguas
tal vez un sueño de muchacha
crecido en los cercanos miedos
de una niña nombrada
con tus cuatro sílabas de hoy
(¿qué formas de aire tendrá
tu mismo nombre de mañana?
¿en qué salivas habrá de alcanzar
aquellos cálidos sabores antiguos
que cada alguien a tu tiempo
de mujer no cumplida conoció?).

Pero nadie se baña
dos veces en la propia
salsa original
nadie absorbe de idéntico oxígeno
con igual pulmón
nadie devora su cena cotidiana

con el diente que comió
debajo del primero Sol.
Y ningún vientre es empapado
más de una vez
por el mismo jugo que expulsa
la pasión solitaria
ni por el mismo semen que hierve
en las calderas del compartido amor.
Pese a los viajes entre pinos y estatuas
a los libros de apagado papel
a la voz que sobrevive
en las camas derruidas
a las píldoras y caldos
que la noche retiene
a la música y su furia de metal
las frases son escritas
con una espuma inevitable:
porque ningunos labios humanos
pueden besar más de una vez
la tenue boca la quebrada boca
la babeante boca la usada boca
la aspirada boca la enronquecida boca
la chupada boca la chillante boca
que en la boca de esos labios
con otras agrias humedades se repite.

Porque la sed se alimenta
de todas las aguas de tu ombligo
de todos tus poros y pelos
tocados por la sal
de todo el sudor que cruje

en tus nalgas transparentes
de todos los vinos y cervezas
y licores que mojan la tensada lengua
de tu boca más exacta.
Y la sed no se acaba
para que así puedan existir
burbujas abrazadas a tu paladar de sangre.
Y las palabras son escritas
nuevamente como figuras
de borrosa piedra
como trazos en la arena muerta
como cicatrices de un bosque reseco
como señales que niegan
todo tu silencio
como amargos relámpagos
en el olor cambiante de tu piel
como el susurro de tus axilas abriéndose
como la ira más triste
de quien muere
la intocada luz de tus fotografías
o el oxidado caos
de tus sábanas sin nadie
o tu clarísima ausencia
que siempre está conmigo.

La niña con su sueño

Se trata casi siempre
de soñar.
Debemos ser entonces cuidadosos
como una dulce raíz que busca
los poros enfermos de la piedra.
Y podremos tener
sobre esta mesa
el miedo incesante de aquella niña
encerrada cada noche
de sus años todavía
sin sangre suelta ennegreciéndose.
Se trata sí de soñar
el oxígeno que las manos de la niña
desgarraban y mordían:
porque un rostro
de párpados disueltos
se inclinaba fuera del viento
en medio de una recámara sacudida
por el pegajoso océano total:
tal vez porque un cuerpo
sostenido por hilos y telas
embarradas de sombra
se apoyaba en la cama
donde la niña creía dormir
como quien espera el mismo desayuno
con sabores nuevos de tamal o café.

Sueño sobre sueño

dormir tras dormir
silencio a silencio
jadeo por jadeo
temblor y temblor
sudores desde sudores
orines entre orines:
se trataba entonces de soñar
de apartarse de los dedos avanzando
hacia el vientre de la muchacha
que aún no llegaba a las ásperas
cavidades de aquel sueño.
Y los labios del rostro
eran un hueco
una espesa propuesta
de acuchillantes palabras
un chillido en una atmósfera muerta
y un susurro chirriante que marcaban
sonidos alucinados
en las desnudas orejas de la niña:
la pequeña muchacha que sólo se vestía
con la enfebrecida camisa de soñar.

Pero todo rostro debe morir
al entrar en una ventana
que los trenes de la tarde
vuelven polvoriento.
Y la niña miró el después
de aquellos vidrios
de frías impurezas
tocó las sábanas las almohadas
las cobijas las mantas

—que otro cuerpo lejanamente separado
de ese cuerpo habitaría—:
allí estaba un país
de peces voraces y densos chocolates
de canciones transparentes
y libros con láminas
y el miedo repitiéndose distinto
en un vacío de sórdidas ausencias
y de lágrimas.

Su nombre

Esta muchacha siempre
supo de su nombre
como una redonda piedra
formándose con pétalos
y escamas de blanquísima sal.
Su nombre se repite
en jardines abiertos
y en casas con lágrimas
es escuchado en las quietas
almohadas
es percibido en el encerrado
corazón de las estatuas
es visto entre el humo
de manchados autobuses
y en las plazas donde
una mínima hierba se guarece.
Su nombre empieza
con las iniciales del mar
que es arrastrado
por nacientes espumas y raíces.

Y un tiempo muy joven se alimenta
de esas sílabas
y hay otros tiempos sonoros
que aún parecen estallar
debajo de las lenguas
que mojaron su nombre.
¿Qué tamaño tendrá

el otro tiempo
de ofuscadas precipitaciones
de huesos enflaquecidos
de salivas luminosas
y pelos en derrumbe:
ese otro tiempo
que habrá de caer
entre sombras enfriándose
fuera del sueño
y apartadas de su nombre?

Tiempo espacio ausencia x 3.1416

El tiempo —es decir
el íntimo espacio de alguna sombra
que te expulsa y te contiene
—lugar vertical doloroso
que sujeta tus pies desvestidos
sobre alfombras cansadas.
El tiempo —o sea
el movimiento que traspasa
los aires endurecidos por lágrimas
que nadie ha deseado desatar
—porque una gota de llanto
arrasa toda una ciudad
de bacterias perfectas
El tiempo —por lo tanto
el resultado de la lengua
sudada de un perro
actuando sobre una negra herida
que fermenta bajo el Sol
—porque lengua a lengua
un sufrimiento sin nadie
te confiere esta ocasión
para el fulgor de tus dientes
y la explosión antigua
de la sangre primera
y de la primera sal.

El tiempo —quizás
una esfera deformada

por la fuerza del fuego cotidiano
por la presión de la luz
que nunca deja de pasar
con sus mínimos cuerpos
que a veces estallan
en soles intocados
—porque una partícula
de voces transparentes
sólo puede ser escuchada
por un viento de astros en derrota.

El tiempo —tal vez
una espiral que nunca
pudo empezar
y que se abre
como un vértigo de innumerables
pétalos inmóviles
que todo huelen y perciben
y que no dejan presencia
ni olor
—porque cada rosa tiene
un esqueleto de ordenados
jugos y fibras agresivas
y sustancias y también
el verdor de sus médulas
que se expande hacia nosotros
en busca de un oscuro jardín.
El tiempo —entonces— aquella
piel que tiembla atada a la tuya
que no comienza ni muere
ni cruje ni termina

en sí misma ni en ti:
que no flota en las sangres
y los humores escondidos
ni marcha arrastrando
sus curvas raíces debajo de la luz
—porque solamente estás
apenas solo
con tus manos ardidadas
y tu garganta en extinción
y tus pieles y cueros de adentro
que forman con el sudor
de este tiempo incesante
los puros huesos
que te obligan a caer y a caminar.

Dibujos

La mano de esta niña
busca una forma que ya estuvo
en un espacio de oxígenos liberados
de olores
a estiércol de reyes
a sudor de hembras capturadas
a aguas que tocó la boca del venado
a raíces que el jabalí deshebró
 en su volido de pesadas pezuñas
a vómitos de lluvia
a uñas descalzas entrando en el barro
a muros de ramas de tablas
 de hojas de palmera disecada
 que un solo estornudo del ágil coyote
 habrá de derribar.

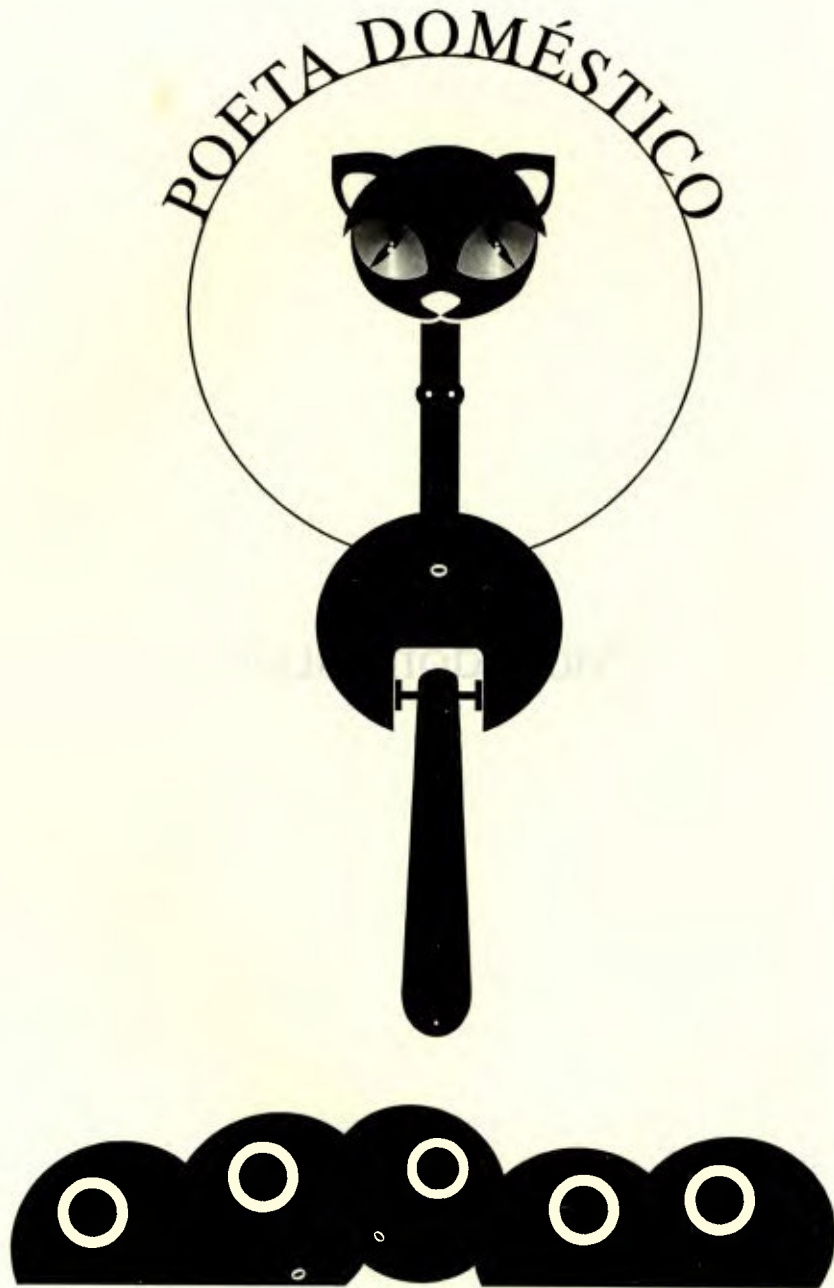
Y la misma mano de la misma niña
—esa misma mano que recoge
jugos de macho profundo
impulsos de mero hombre
 imposiblemente encendido—
encuentra una línea de tinta vegetal
un estrecho río formado por puntos
 como mínimas órbitas
 que entre sí se encadenan.

Y entonces escribe dibuja
traza desarrolla entrega
un ojo que el papel debe aplastar
para que siga siendo eterno:

y también elabora el humo
de un templo de piedras destruidas:
y el rostro endurecido
de quien sí aprendió el color del frío
de un cuchillo negro:
y la altura de un cerro o baja montaña
que un cielo ausente apenas puede detener
en medio de múltiples fuegos.
Y al final de ese viaje
la misma mano entra
a través de los labios
de un animal nunca conocido.
Y esa misma mano huele
una sangre distinta
y cierra entonces todos los trazos
las formas los rápidos colores las líneas:
y luego respira.

Poeta doméstico





Poeta doméstico, no domesticado

“Este gato está siempre/ bebiendo de su sombra”, dice el uruguayo Saúl Ibargoyen en “El poeta y su gato”, del poemario *Poeta doméstico*, editado por primera vez en la colección La Hoja Murmurante, que dirige Héctor Sumano en Toluca. Y no dije que tiene una dedicatoria que reza “a ‘nuestro’ Tango”. Habría que conocer a este gato, negro y pequeño, anguloso y sutil, sugerente y muy perspicaz para entender la síntesis magnífica que hace el poeta en el texto, donde, tangencialmente, incorpora a una muchacha —dueña, junto a él, de “nuestro” Tango.

Ibargoyen radica en México desde hace largos y productivos años. Ha publicado más de 40 títulos entre poesía, cuento y novela. Esto debe ser recordado para que el lector pueda ingresar con ánimo de exigencia a este breve libro.

Poeta doméstico es el ser humano en su intimidad. Cada uno de los textos que lo integran tiene como designación “el poeta”, “el poeta trabaja”, “el poeta ‘hace’ el amor”, “el poeta duerme”, “el poeta cocina”, etcétera. En todos ellos, aunándolos, se halla una bien expresada forma del quehacer cotidiano. Porque la secreta manera a que nos induce Ibargoyen es la de demostrar que el poeta está despojado de su condición de tal, y que es un simple hombre que respira, huele, siente, come, bebe, ama, transita, en fin, por los reinos de este mundo.

Pienso que estos poemas resumen —y rezuman— una vivencia que sólo es capaz de plasmarse después de haber vivido ciertamente *la vida*.

Porque tras cada afirmación enfática —rotunda o leve— hay un mundo de experiencias que Ibargoyen transmite. Pero no las transmite ingenuamente sino desde la perspectiva poseedora del escritor avezado. ¿Cómo puede leerse si no el polisíndeton de "...y países y lenguas y ciudades/ y libros que tendrán..."; o la anáfora maravillosa de "¿Por qué las manos participan/ por qué los dientes embarrados/ por qué las inéditas rodillas/ por qué cada oreja/ por qué el párpado sombrío/ por qué la memoria del deleite/ por qué los líquidos lunares/ por qué el oxígeno finalmente destrozado?"

No es obviamente casual este manejo de los recursos literarios: hay detrás un oficio sólido y coherente. Que refuerza, digamos por ejemplo, en versos tales como: "Las ventanas susurran.../ de sopor que las traspasa". El *seseo* produce una manifiesta aliteración en *s* que reclama el sopor de la vigilia inmediatamente después del sueño. Igualmente, como ejemplo de aliteración, cito: "...en axilas de pelo oxidado", donde la utilización de la *x* tiende a demostrar el carácter de la obstrucción.

Poeta doméstico es, pues, un libro concebido desde el conocimiento. No hay nada gratuito. Si una coma o un punto pudiese parecer, al lector inexperto, un error, estos signos hallan su justificación instantes después, ya que este poemario ha sido vislumbrado —más que concebido— después de años de hurgar en la literatura y de ser el propio autor un objeto en sí, dentro del análisis de la producción literaria latinoamericana de hoy.

Anda *Poeta doméstico* por lo mejor que he leído en estos últimos tiempos. Así, este poeta doméstico —pero no domesticado, como él mismo no deja de señalar— que es el poeta solitario y solidario de todos los días, el

que embellece las mínimas y sutiles esquinas del hogar. Este *Poeta doméstico*, de Saúl Ibargoyen, que ahora conoce una necesaria y nueva edición. Enhorabuena.

Alejandro Expósito

Este texto fue publicado en *Excélsior* (26-12-96); se reproduce ahora con las correcciones hechas por Alejandro Expósito, poco antes de fallecer en México, D.F., el 13 de febrero de 1997.

El poeta cocina

La casa parece estar
en su justa soledad de una persona.
El poeta remueve bloques
de ceniza silenciosa
entra en la cocina
lugar donde a veces fundamenta
las marcas de un reino fugaz.
Toma la cuchilla de filos dudosos
decapita cebollas resignadas
atomiza el ajo y el cilantro
castra un redondo jitomate rojo
descuartiza calabazas y chayotes
desuella papas que el aceite morderá
y la carne molida es enviada al caldero
y sus fibras chillan abrazándose
a imperfectos trozos ya incendiados.
El puré sanguinolento cunde
por los espacios que las secretas hierbas
van abriendo en una danza
de aromas y destellos.
Las aguas levantan burbujas sin fondo
y el apretado vapor se desplaza
por vidrios nublados y paredes
de sucia desnudez.
El arroz saturándose de un ardiente
caldo de maíces y aceitunas
se inflama lentamente posado
sobre un fuego que pronto cesará.

Algo siempre falta:
media medida de pimienta
polvo de nuez moscada
tres moléculas de sal.
Siempre algo anda sobrando:
dos gotas de crema transparente
diez segundos de llamas destempladas
un grupo de frijoles de atenuado sabor.
El poeta se aparta
de las salpicadas regiones de trapo
de loza de madera de metal.
Y se afirma a la mesa
frente a un plato blancamente vacío
como un espejo que otra boca
siempre esperada
habrá de contemplar.

El poeta se levanta

Las ventanas susurran bajo un aliento
de sopor que las traspasa.
Eso escribe el poeta al despertar
y al disponer más tarde
del reloj que la mañana
desgasta y alimenta.
El pijama pierde los calores
reunidos por la velocidad de la noche.
Las pantuflas se niegan
a recorrer un desierto
de inmóviles baldosas.
Ruidos de gentes que eructan
y despiertan. Gargantas
que se abren en súbitas salivas desgarradas.
Aguas del cuerpo se desprenden
amarillosas de revueltas cervezas
de ácido café.
Otras aguas se hunden
en poros obstruidos
en axilas de pelo oxidado
en rostros que flotan turbiamente
en la luz.
El poeta toca una tierra
que jamás acabará de recorrer
pues apenas sabe viajar
a bordo de una cama
que desteje rumbos a través
de una olorosa oscuridad.

Y desciende entonces hacia
las hierbas que se aplastan
como coágulos morados
observa la breve mesa blanca
donde papeles con agrietadas palabras
polvosamente se acumulan
mira los focos que se clavan
en el clima endurecido
de salas y recámaras
percibe en los patios un abandono
de ropas estranguladas
escucha a través de los ladrillos
carcomidos la angustia
de los primeros pájaros.
Se para pues dudosamente vertical
y a pesar de las erosiones
de ese rostro que ya dejó
tantas pieles en el mismo cristal
borra con reiterados trazos
de espuma
pelos y raíces de misturada color.
Se levanta sí desencadenándose
de los más internos esqueletos
y alguien lanza sobre él
sus cambiados nombres propios
que irán hacia la calle
como lenguas de sangre
en el temblor del día.

El poeta duerme

No está la noche todavía:
es sólo un tiempo
que los párpados absorben
es solamente una espuma espesa
un cáliz de hilos apagados
un capullo de impronunciables sustancias.
Y allí el poeta coloca sus trazos
como una semilla gastándose
apartada del barro inicial:
así la cáscara desnuda
se extiende y se contrae
en una humedad de sales fermentadas.
De este modo un cuerpo se ajusta
a sus médulas sombrías
“en mitad de la nada/
con los hombros limados/
y los brazos sueltos”.
Desde las paredes con su techo claro
crecen minúsculas hojas de neblina
que aprietan el cráneo
de cualquiera que sueña con dormir.
Y hay personas caminando
al ras de las cobijas
bestias de colores que se arrastran
empujadas por un aliento gris
que sale de la boca del durmiente.
Porque todo poeta necesita roncar
purificarse como si perdiera
gotas de orina a causa del invierno.

No estaba la noche
nunca estará totalmente
debajo de esas sábanas
pues los poros
los huecos en la espalda
las cicatrices en el vientre endurecido
las manchas que rompen
máscaras crecidas con la mera piel
son asistidas por una lengua
de múltiples salivas y gestiones.
Y el durmiente conoce su dormir
se despliega entre dulces mocos
y quemantes reflujos y regurgitaciones.
Y trata entonces o ahora mismo
de saber de la certeza
doliente de cada fragmento
de sus sueños.
Porque nunca un sueño está
solamente solo.
Y el durmiente fabrica su roncar
para que en tales imágenes
en tales verbos en tales rumbos
de cartílagos y lágrimas
nada se parezca al vacío
nada tenga amistad con el silencio.

El poeta "hace" el amor

Es veloz el flujo de los cuerpos
el drenaje de las glándulas encendidas
el apretado rumor de frases
que bocas y bocas desconocen
y repiten.
Es rápido el placer
como un volido de mosca
al fin desesperada
como un grito de fotones extraviados
como un ojo de leche transparente.
Y así toda noche
debe tejer con sus agrias escamas
una opción de estornudos
de estertores estériles
de maneras retorcidas de contemplar
la frágil luz detrás de las ventanas.
Así toda noche nuestra
toda noche desprecia los signos
de cada número muerto
de cada pelo levantado
por un mínimo chorro de la pequeña
sangre.

Y las cifras del placer
tal vez se multiplican
porque el recuerdo el nervio tenaz
el músculo despojado
la vértebra insomne las convocan:
y es asunto sin duda de morir
como en las guerras
y en las cantigas verdaderas
como el poeta al pie
de cada verso
como el panadero al pie del pan
como el futbolista al pie
de su pie tras la pelota
como este cronista a los pies
uñosos de tu vientre:
ese joven océano sin término
que entrega lo que negó
pues ha negado este humo
de mocos y de sangrosas gelatinas
a quienes sienten que el goce
el gozar el orgasmear el complacerse
no tienen rupturas ni razón
ni contenciones ni destino
ni fulgor ni medida.

¿Qué hay del poeta
en mitad de su cópula?
¿Todo amor
todo placer es ausencia?
¿Por qué las manos participan
por qué los vientres embarrados
por qué las inéditas rodillas
por qué cada oreja
por qué el párpado sombrío
por qué la memoria del deleite
por qué los líquidos lunares
por qué el oxígeno finalmente destrozado
por qué el nombre que aparece
como un hierro que pesa
o una sucia canción?
El poeta copula se une ahincadamente
a su ser ensimismado
se besa en la boca que se besa
chupándolo y besándolo
se embarca con los huesos medulares
en una tarea donde los gritos desnudos son
un recurso para no morir
para extraviarse
en una jugosa playa de pelos desplazados
en un sitio de algodones precautorios
en una perspectiva de ombligos hacendosos
en un límite de ácidas fronteras renovadas.
El poeta se mira en los disueltos ojos
que ven más que distancias y ausencias
cruzando la recámara

más que figuras memoriosas
y países y lenguas y ciudades
y libros que tendrán
un lugar debajo del papel
una extensión de tintas también
desnudándose
delante de los cuerpos nuevamente
verdaderos.

El poeta organiza las marcas
los tonos las pecas las cifras de su piel
bebe finalmente el ron de los caídos
el vino de los torpes
el licor de los idiotas
el aguardiente ofuscado de los muertos.

Pero ¿quién es capaz
de morir en esta hora
de minutos destruidos?
Y el poeta amaquiere
—no fornicar ni coger ni violar
ni estupro ni fuerza ni ofender
ni agredir— porque amarquerer
es donarse heredarse los completos restos
de toda carne de todo temblor de todo
miedo.

Y es presentar estos versos
estas líneas estos comentarios
nacientes de aquella ilusión
de que el sudado cuerpo se ilumine.
Y el poeta acepta que sus cuerpos
suden con sus cuerpos
grita sin recordar a los vecinos

gime jadea húmedamente apenas
sí respira y tose con sus cuerpos
que por fin regresan a su nueva piel.
Y entonces decide dejar de ser
por un solo y único momento:
esta es la viva vida
de las horas
que una cama establece entre las sombras.

El poeta orina

Hay un espacio blanco
entre aguas usadas.
¿Podría hablarse de burbujas
que revientan de ácida impaciencia?
Nada es tan cotidiano
como echar licores dudosos
en ese fondo donde tantas nalgas
pudieron reflejarse. Pero
nadie cree en la memoria
del agua: porque
aparece un movimiento de partículas
exactamente encadenadas:
y el agua recibe una llovizna
una clara lluvia
un chorro desatado
una gota quizás embarrada de sangre.
Y otras aguas caen se avientan
contra un espacio de sórdido fulgor.
(Los olores exclaman su acritud
su espesura alejada
de este cielo.)
Y entonces el poeta
como un bicho enredado
en papeles y cristales
de almanaques y relojes
abre sus vulgares pantalones
de mezclilla
reabre un estrecho calzón

que lo molesta
y da salida a un sonidoso
cordel de espumas y capullos
y cápsulas
que solamente sus manos
pueden encauzar
hacia las parecidas aguas
que casi todos beberemos
a estas horas
de este único día.

El poeta trabaja

El radio canta los asuntos
de un dolido amor de cada mañana
enredado en las raíces que la noche
desgastándose abandona.
El poeta encuentra
un súbito sonido
—¿es un gas del intestino azul?
¿es una sílaba de soledad
que cualquier palabra expulsa
bajo el asedio invencible del silencio?
Y entonces aprieta el tallo
y sus finísimas plumas
que un abuelo sin sombra regaló
a una abuela que hace un siglo
aprendiera a caminar.
El poeta ve que otro sonido
se cruza con su lengua
—ese animal lastimado y confuso—:
¿es un pedazo de licor negro
secado con ceniza? ¿es una cifra
de trigo que el punzón
hizo fluir sobre la arcilla?
¿es la identidad fugaz
de un dios torpemente mutilado?
¿es el pétalo que un árbol
sangrante extravió?
¿Qué sustancia calcinada se acumula
entre las páginas de un cuaderno

que se habrá de terminar?
¿Qué voces son escuchadas
por la mano que atrapa
ritmos pausas desgarrones movimientos?
En los espacios que un dudoso
blancor determina
el lápiz se mezcla con los rumbos
nacientes de una distanciada oscuridad.
Y el poeta pierde su saliva
en un espejo de papel.
Y coloca un punto y una raya
cerrando así este verso
para que otra tinta
se disponga a fermentar.

El poeta y "su" gato

(a "nuestro" Tango)

Este gato está siempre
bebiendo de su sombra:
cada pelo pequeño que se expande
oscuramente cada finísima lanza
que traslada en los bigotes
son raíces rechazadas por la tierra
moviente que sostiene su cuerpo.
Embebido en la espesa luz
que en todo instante descansa
como un sedimento de otra edad
sobre baldosas y camas y alfombras
el gato mira
con verticales ojos amarillos
la vasija de leche que su lengua transita
al ritmo de una sed rutinaria y rapaz.
Dos breves balones —uno rojo
uno azul— cumplen
órbitas desajustadas
que atraen con la dispersión
de sus brincos
una energía de ligeras garras expectantes.
Bolas de papel deshaciéndose
animales como figuras
de súbita transparencia

colmillos y hocicos con su jugo
de insectos capturados
imágenes asociadas al aire
de las habitaciones solitarias
ruidos y lamentos y hambres y apariciones
de otros gatos sombríos atravesando
cada noche con su ámbito verde
de pulsantes relojes
que no pueden dormir.
Este gato lame la negrura
inacabable de toda su piel
se despoja de hilachas de carne
de polvo fragmentado
de caricias humanas
de agudas agresiones
de anuncios soterrados
del frío que vendrá.
Este gato oscurecido
por una doble sombra
se mete en su caja de arena
remueve sus cosas secretas
y la casa gira bajo ese mandato
arrastrando a la densa ciudad
que nada sabe de esa nueva fuerza
transformada en distancia.

Las uñas del poeta

Hubo un futuro
en algún sitio del tiempo
que se hizo pasado
sin pasar por el presente.
Y esa falta de ser
esas angustiosas agujas metálicas
esas cifras de líquido cristal
esos golpes de arena silenciosa
esas ciudades corroídas
por el fango
esos templos mordidos
por viejas cucarachas
esas estatuas castradas
por la guerra
esos patíbulo
de sangres carbonizadas
esos campos de ajedrez
cultivados por la muerte
esas copas de tibia saliva
esas palabras que no fueron
tinta ni signos encendidos
ni rocas deshuesadas
ni jadeos polvorientos
esos papeles desprendidos
de un aire en gestación
ese todo y este total
como una sombra de toda la nada

son los restos que hoy
el poeta contempla
en sus uñas vacías.

Índice

- 5 Al lector
- 9 Gato con niña o niña con gato
- 11 EL POETA Y LA NIÑA
- 13 Presentación
- 17 Eme 25
- 19 Sueño en borrador
- 21 Paisaje con muchacha a caballo
- 23 ¿Qué?
- 25 Sus manos
- 27 El diablo y la niña
- 30 Más voces
- 31 Palabras con sed
- 34 La niña con su sueño
- 37 Su nombre
- 39 Tiempo espacio ausencia x 3.1416
- 42 Dibujos
- 45 POETA DOMÉSTICO
- 47 Poeta doméstico, no domesticado
- 51 El poeta cocina
- 53 El poeta se levanta
- 55 El poeta duerme
- 57 El poeta "hace" el amor
- 62 El poeta orina
- 64 El poeta trabaja
- 66 El poeta y "su" gato
- 68 Las uñas del poeta

Índice

Esta primera edición de *Poeta + poeta* fue impresa en Editorial Praxis, Vértiz 185-000, Col. Doctores, Deleg. Cuauhtémoc, C.P. 06720, México, D.F., en diciembre de 1998. La composición tipográfica se hizo en Times Roman de 8, 10, 12, 16 y 24 puntos. El tiro, sobre ahuesado de 37 Kg., es de 1,000 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carlos López.